

repente la canoa, lanzada con la rapidez de una flecha, descendió de lo alto de una ola sobre una roca, contra la que se estrelló como si hubiese sido de vidrio.

Entonces cada uno de sus tripulantes olvidó á sus compañeros para no ocuparse más que de sí y ganar tierra. El Serpiente Negra fué el que abordó el primero; en seguida frotó, uno contra otro, dos pedazos de madera seca y encendió un gran fuego, á fin de que sus compañeros pudiesen reunirse; esta precaución no fué inútil, y diez minutos después, guiada por el faro salvador, toda la tripulación, excepto el capitán Pánfilo, estaba reunida alrededor del gran jefe.

CAPÍTULO XII

De cómo el capitán Pánfilo pasó dos noches muy agitadas, la una en un árbol y la otra en una choza

PRIMERA NOCHE

Gracias al cuidado que nos hemos tomado en presentar á nuestros lectores al capitán Pánfilo como un nadador de primer orden, esperamos que no habrán experimentado una muy viva inquietud al verle caer al agua con sus compañeros de viaje; de todos modos nos apresuramos á tranquilizarles, diciéndoles que al cabo de diez minutos de una furiosa lucha con las embravecidas olas, ganó sano y salvo la orilla.

Apenas se hubo secado, operación que no fué muy larga, atendida la exigüidad del traje á que estaba reducido, distinguió la llama de la hoguera que el Serpiente Negra había encendido para reunir á sus camaradas. Su primer cuidado fué volver la espalda á aquella señal, y alejarse presurosamente de aquellos sitios.

Á pesar de los estimables cuidados que el gran

jefe le había dispensado durante los seis días que habían estado juntos, el capitán Pánfilo había acariciado constantemente la esperanza de que un día ú otro se presentaría una ocasión de separarse de él; de modo que ante el temor que la casualidad no le enviase una segunda, resolvió aprovechar la primera que el acaso le deparara, y, no obstante la tempestad y la obscuridad, se internó en los bosques que se extienden desde las orillas del río á la falda de las montañas vecinas.

Después de dos horas de marcha, próximamente, el capitán Pánfilo, pensando que había puesto una distancia suficiente entre él y sus enemigos, se decidió, al fin, á tomar algún descanso y á pensar en los medios de pasar la noche lo mejor posible.

La situación de nuestro fugitivo no era nada confortable. Se encontraba con su piel de castor por todo abrigo, y forzoso era hacerla servir, por el momento, de colchón y de cobertor; temblaba de antemano de horror ante la noche que iba á pasar, cuando oyó, por tres ó cuatro lados diferentes, un coro de aullidos lejanos que distrajerón su pensamiento de esa primera preocupación para llevarlo á otra perspectiva mucho más inquietante. En aquellos aullidos, el capitán Pánfilo había reconocido el grito nocturno y famélico de los lobos, tan comunes en los bosques del Canadá, que descienden á veces, cuando el alimento les falta, hasta las mismas calles de Portland y de Boston.

No había tenido tiempo aún de tomar una resolución, cuando nuevos aullidos resonaron más

cercanos: no tenía ya un instante que perder. El capitán, cuya educación gimnástica había sido cuidadosamente desarrollada, contaba, entre sus más distinguidos talentos, con el de subirse á los árboles como una ardilla; vió, pues, una encina de un grosor muy razonable, la abrazó cuerpo á cuerpo como si hubiese querido arrancarla de raíz, y alcanzó las primeras ramas en el momento en que los aullidos que le habían avisado del peligro que le amenazaba, resonaban por tercera vez, á cincuenta pasos apenas de él. El capitán no se había engañado: una bandada de lobos dispersos en una circunferencia de una legua aproximadamente, habíanle olfateado, y venían á galope hacia el centro en donde esperaban encontrar la cena.

Llegaron demasiado tarde: el capitán Pánfilo estaba encaramado en una de las ramas de su salvadora encina.

Pero los lobos no se dieron por vencidos; nada hay más terco y tenaz que un estómago vacío. Se reunieron todos al pie del árbol y empezaron á quejarse tan lamentablemente, que el capitán Pánfilo, si bien era valiente, no se vió, oyendo aquel triste y prolongado aullido, al abrigo de todo terror, aunque de hecho estuviera al abrigo de todo peligro.

La noche era oscura, pero no tan oscura, sin embargo, que en las tinieblas no se percibiese, parecidas á las olas de un mar tempestuoso, los dorsos leonados de sus enemigos; por otra parte, cada vez que uno de ellos levantaba la cabeza, el capitán veía relucir en la sombra dos ascuas, y como la contrariedad era general,

había momentos en que aquellas bestias, enderezándose á la vez, hacían parecer á la tierra sembrada de carbunclos animados que, al cruzarse, dibujaban en las sombras signos extraños y diabólicos...

Bien pronto, á fuerza de mirar fijamente al mismo punto, sus ojos se nublaron, y á las formas reales sucedieron formas fantásticas; su inteligencia, un poco obscurecida por efecto de una turbación que le había sido hasta entonces poco menos que desconocida, cesó de darse cuenta del peligro real para soñar en peligros sobrehumanos. Una tropa de seres que no eran ni hombres ni animales, se le aparecieron en lugar de los cuadrúpedos bien conocidos que se agitaban debajo de él; parecióle ver surgir demonios lanzando miradas flamígeras, que se cogían de las manos y bailaban en derredor del árbol una danza satánica; á caballo sobre una rama como una bruja sobre su mango de escoba, veíase en el centro de aquel aquelarre infernal, en donde era llamado á desempeñar un papel.

El capitán sintió instintivamente que el vértigo le atraía hacia abajo, y que si obedecía á esa atracción estaba perdido; reunió todas sus fuerzas corporales y de espíritu en un postrimero acto de inteligencia, se ató fuertemente al tronco del árbol con la cuerda que sostenía alrededor de sus riñones la piel de castor, y, abrazándose fuertemente á una rama superior, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

Entonces la locura y el delirio triunfaron por completo. El capitán Pánfilo sintió al punto moverse el árbol, encorvándose y enderezándose

como los mástiles de un navio durante la tempestad; después parecióle que, para arrancar sus raíces del suelo, hacía esfuerzos parecidos á los que intenta un hombre cuyos pies están hundidos en el cieno de un pantano; tras algunos instantes de lucha, la encina venció, y de la herida que había causado á la tierra salieron oleadas de sangre que los lobos se pusieron á beber; el árbol aprovechó la avidez de los famélicos y sedientos animales para alejarse de ellos y huir, pero solamente por sacudidas y como un inválido que da cortos saltitos sobre su pierna de palo. Luego, agotado ya su alimento, los lobos, los demonios, los vampiros, de los que se creía ya libre el bravo capitán, se pusieron á perseguirle guiados por una vieja mujer, de la que no podía distinguir el rostro, y que llevaba un enorme cuchillo en la mano; todos ellos habían emprendido una carrera insensata.

Por fin el árbol, fatigado, jadeante, sin aliento, pareció faltar ya de fuerzas y se tendió sobre el suelo como un hombre perdido; entonces los lobos, los demonios, siempre conducidos por la vieja mujer, se le acercaron con sus ojos brillantes y sus lenguas teñidas de sangre. El capitán lanzó un grito y quiso extender los brazos; pero, en el mismo instante, dejóse oír detrás de su cabeza un silbido agudo, y una impresión helada corrió por todo su cuerpo: parecióle sentir que fríos anillos le apretaban hasta ahogarle. Después esta impresión disminuyó gradualmente, los fantasmas desaparecieron, se extinguieron los aullidos, el árbol experimentó todavía algunos sacudimientos, y todo volvió á

entrar en el mismo silencio y la misma obscuridad de antes.

Poco á poco, gracias al silencio, los nervios del capitán Pánfilo se calmaron; su sangre, que bullía inflamada por el delirio, se refrescó, y su espíritu, más tranquilo, tornó de los dominios fantásticos en donde se había extraviado para recobrar su naturaleza positiva y real; echó una mirada en torno suyo, y se encontró en medio de un bosque umbroso, solitario y silencioso. Tentóse el cuerpo para ver si era el suyo propio, y acabó por reconocer su situación tal como era; atado á un árbol, á caballo en una rama, estaba no tan bien como en su hamaca de *La Rochelana* ó sobre la piel de búfalo del gran jefe, pero al menos en seguridad contra los ataques de los lobos, que, por otra parte, habían desaparecido. Dirigiendo la vista al tronco de la encina, el capitán creyó distinguir todavía en el suelo una masa informe y movable que parecía dar vueltas en derredor del tronco del árbol; pero, como bien pronto los quejidos que había creído oír cesaron, y como el objeto en el cual fijara sus ojos había quedado inmóvil, el capitán Pánfilo creyó que era un resto del sueño infernal que acababa de tener, y jadeante, cubierto de sudor y aniquilado por la fatiga, acabó por dormirse con un sueño tan tranquilo y tan profundo como lo permitía la situación difícil bajo la que se entregaba al reposo.

El capitán Pánfilo fué despertado al nacer el día por la cadenciosa charla de mil pájaros de diferentes especies que revoloteaban alegremente bajo la cúpula frondosa de la foresta. Abrió los

ojos, y la primera cosa que percibió fué la inmensa bóveda de verdura que se extendía por encima de su cabeza, y á través de cuyos claros se deslizaban oblicuamente los primeros rayos del sol. No era gran devoto de la Natura nuestro provenzal; sin embargo, como todos los marinos, tenía ese sentimiento de la grandeza y del poder de Dios que infunde la vista del inmenso océano en el alma de los que surcan incesantemente sus inmensas soledades; su primer movimiento fué, pues, una acción de gracias á Aquél que tiene el mundo en su mano y á cuya suprema voluntad el mundo se duerme ó despierta; después, tras un instante de contemplación instintiva, bajó sus miradas del cielo á la tierra y, al primer golpe de vista, pudo explicarse y dióse exacta cuenta de todas sus impresiones de la noche.

Á veinte pasos en torno de la encina, la tierra estaba raída por las garras impacientes de los lobos, como si un arado hubiese pasado por encima, mientras que al pie del árbol, uno de aquellos animales, destrozado y sin forma, salía á dos tercios de la boca de una inmensa boa, cuya cola se enroscaba alrededor del tronco del árbol, á la altura de siete ú ocho pies.

El capitán Pánfilo habíase encontrado entre dos peligros, que se habían destruido el uno por el otro: bajo sus pies los lobos, sobre su cabeza una serpiente. El silbido que oyera, el frío que experimentara, aquellos anillos que le ahogaban durante su sueño, era el silbido, el frío y los anillos del monstruoso reptil, cuya presencia puso en precipitada fuga á los animales carnívoros

que le asediaban; uno solo, detenido por las apretadas fauces del monstruo, fué pulverizado en sus repliegues; el movimiento del árbol notado por el capitán, las sacudidas de su agonía; después la serpiente vencedora había empezado á engullirse á su adversario, y, según la costumbre de los reptiles constrictores, digería una mitad de su presa, mientras que la otra, expuesta todavía al aire, esperaba el turno para ser también engullida.

El capitán Pánfilo quedó un momento inmóvil y con la mirada fija en el espectáculo que tenía á sus pies; varias veces, en África y en la India, había visto serpientes parecidas, pero jamás en circunstancias tan á propósito para impresionarle; así, pues, aunque perfectamente seguro de que, en la posición en que estaba, el reptil era incapaz de causarle ningún daño, descubrió un medio sencillo de descender del árbol, sin más que dejarse resbalar á lo largo del tronco. En su consecuencia, comenzó por desatar la cuerda con que se había atado; después, avanzando á reculones sobre la rama, hasta que la sintió doblarse, confiése á su flexibilidad, y, entonces, encorvándola con su peso, se suspendió por las dos manos y se encontró tan cerca del suelo, que pensó podía sin inconveniente abandonar su sostén; el éxito secundó sus esperanzas: el capitán abandonó la rama y se encontró en tierra sin accidente.

Presto se alejó, no sin mirar una última vez hacia atrás, y marchando al encuentro del sol. Ninguna ruta había trazada en el bosque; pero con el instinto del cazador y la ciencia del ma-

rino, no tuvo más que echar una ojeada sobre la tierra y al cielo para orientarse al instante. Avanzó, pues, sin vacilar, como si estuviese familiarizado con aquellas inmensas soledades, y cuanto más penetraba en el bosque, más tomaba un carácter grandioso y salvaje. Poco á poco la bóveda enramada se espesaba hasta el punto de que el sol cesaba de penetrar; los árboles se entrelazaban unos á los otros, derechos y apretados como las columnas, y como las columnas sosteniendo un techo impenetrable á la luz. El viento mismo pasaba sobre esa cúpula de verdura sin deslizarse en aquella mansión de las sombras; hubiérase dicho que, desde la creación, toda esta parte del bosque había dormitado en un crepúsculo eterno.

Á la pálida claridad de aquel semi día, el capitán Pánfilo veía grandes pájaros, cuya especie le era imposible distinguir, y ardillas aladas saltar ligeramente y volar en silencio de una rama á otra. En aquella especie de limbos, todo parecía haber perdido su color natural y primitivo para tomar el tinte ceniciento de las mariposas nocturnas; un gamo, una liebre y un zorro que se levantaron al ruido de los pasos de aquel que turbaba su mansión, si bien conservaban sus diferentes formas, parecían haber tomado la librea uniforme y monótona del musgo sobre el cual corrían silenciosamente.

De cuando en cuando el capitán Pánfilo se detenía absorto y en muda contemplación, con los ojos fijos en aquel grandioso espectáculo. Setas de color leonado y gigantescas, apoyadas las unas á las otras como para ampararse, for-

maban grupos semejantes, por su color y su dimensión, á leones acostados, y, aunque supiese perfectamente que ese rey de la creación no habitaba en aquella parte de su selvático imperio, estreméclase al testimonio de sus ojos.

Grandes plantas trepadoras y parásitas, á las que parecía faltar la respiración, se torcían y enredaban á los árboles, subían con ellos, aferrándose á las ramas y pasando en festones de la una á la otra, hasta que con ellas llegaban á la copa; allí se deslizaban como serpientes para ir á desplegar al sol sus perfumadas corolas de escarlata, en tanto que las que estaban condenadas á abrirse en el camino florecían pálidas, inodoras, enfermizas y como celosas de la felicidad de sus amigas, que se vivificaban á la claridad del día y bajo la sonrisa de Dios.

Á las dos horas de marcha por aquel laberinto de hojas y flores, el capitán Pánfilo sintió en la región del estómago desfallecimientos que le anunciaron que no había cenado la vispera y que la hora de su desayuno había pasado hacía tiempo. Miró en torno de sí; los pájaros revoloteaban siempre de árbol en árbol, las ardillas aladas saltaban incesantemente de rama en rama, como si hiciesen el mismo camino que él; pero no tenía ni fusil ni cerbatana para alcanzarles. Ensayó el arrojarles algunas piedras, pero comprendió muy pronto que ese ejercicio ayudaría más á su apetito sin acarrearle el resultado propio para calmarlo; en su consecuencia, resolvió buscar otros recursos y rebajarse á los vegetales. Esta vez, su busca fué más feliz; tras algunos instantes de una atenta pesquisa, que la

semi obscuridad reinante hacía más difícil, encontró dos ó tres raíces de la familia de las curcumas y juncias y algunas de esas plantas llamadas vulgarmente coles caribes.

Era todo lo que hacía falta para entretener el estómago; pero el capitán Pánfilo era hombre precavido: pensó que no consistía todo en calmar el hambre, y que había de tener sed. Entonces buscó un arroyuelo, como había buscado las raíces. Por desgracia la cosa era más difícil.

Escuchó con gran atención: ningún murmullo llegó á sus oídos; aspiró el aire para procurar coger alguna débil emanación, pero no había aire bajo aquella bóveda gigantesca en que se encontraba; no reinaba allí más que una atmósfera pesada y espesa, que los animales y las plantas condenados á arrastrarse sobre la tierra respiraban con esfuerzo, y que parecía insuficiente para la vida.

Entonces el capitán Pánfilo tomó su partido; recogió un guijarro agudo, y, en lugar de continuar una busca inútil, fué de árbol en árbol examinando cada tronco con atención; por fin pareció haber encontrado lo que buscaba: era un magnífico arce, joven, liso y vigoroso. Abarcóle con su brazo izquierdo, mientras que con la mano derecha le hundió el agudo guijarro en la corteza; algunas gotas de esa sangre vegetal y preciosa con la que los canadienses hacen un azúcar superior al de la caña, se escapó bien pronto como de una herida. Satisfecho el capitán de la experiencia, sentóse tranquilamente al pie de su víctima y comenzó su almuerzo; después, cuando hubo terminado, aplicó su sedien-

ta boca á la herida abierta en el arce, de la que manaba entonces la savia como el agua de una fuente, y volvió á ponerse en camino más fresco, más dispuesto y más vigoroso que nunca.

Hacia las cinco de la tarde, próximamente, el capitán Pánfilo creyó ver algunos rayos de sol deslizarse á través de las tinieblas; su paso tomó nuevo ardor, y pronto se encontró en los límites de aquella foresta parecida á la del Dante, que semejaba no pertenecer ni á la vida ni á la muerte, sino á un poder intermediario y sin nombre. Entonces parecióle entrar en un océano de luz; precipitose en medio de sus ondas doradas por los rayos del sol poniente, como un buzo que, retenido largo tiempo en el fondo del mar, agarrado á alguna rama de coral ó enlazado por algún pólipo, se desembaraza del obstáculo mortal, sube á la superficie del agua y respira con avidez.

Había llegado á una de esas vastas estepas arrojadas como lagos de verdura y de luz en medio de las inmensas selvas del nuevo mundo; al otro lado de este claro, una nueva línea de árboles se extendía como una muralla sombría y opaca, mientras que por encima de ella veíase ondular caprichosamente en las últimas ondas del día la cumbre nevada de las montañas cuya cadena tortuosa separa toda la península.

El capitán lanzó con satisfacción sus miradas en torno de sí, al ver que no se había separado de su ruta.

Al fin sus ojos se fijaron en una columna blanquecina y tortuosa que se destacaba sobre el fondo y se remontaba flotante hacia el cielo; no

necesitó de muy larga inspección para reconocer el humo de una choza, y casi en seguida, amiga ó enemiga, se determinó á dirigirse á ella. Indudablemente el recuerdo de la noche que acababa de pasar influyó de una manera pronta y decisiva en su determinación.

SEGUNDA NOCHE

El capitán Pánfilo encontró un pequeño sendero que parecía conducir del bosque á la choza, y le tomó, sintiendo tanta más inquietud á causa de los insectos y de las serpientes bronceadas, tan comunes en aquellos lugares que atravesaba, cuanto que estaba rodeado de altas y frondosas hierbas.

Á medida que iba aproximándose á la columna de humo que le guiaba, veía aparecer la choza, situada en el linde del bosque y de la llanura; la noche vino antes que él la hubiese alcanzado, pero su ruta se hizo más fácil y mejor trazada.

La puerta estaba abierta de par en par, y, frente á la puerta, al fondo de la choza, brillaba un fuego que parecía un faro encendido expresamente para guiarle en la soledad. De cuando en cuando pasaba y repasaba por delante de la llama una figura que se destacaba en negro sobre el hogar.

Llegado á alguna distancia, reconoció que era una mujer, y tomó nueva confianza; al fin, llegó al dintel, se detuvo y preguntó si había sitio

para él en el hogar que viera brillar de tan lejos y que deseaba desde tan largo tiempo.

Una especie de gruñido, que el capitán interpretó en su favor, le respondió. En su consecuencia, entró sin titubear y fué á sentarse sobre un escabel que parecía esperarle á una distancia conveniente de la llama.

Al otro lado del hogar, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza en sus manos, inmóvil y sin respirar, como si fuese una estatua, estaba acurrucado un joven indio rojo de la tribu de los sioux; cerca de él tenía su gran arco de madera de arce y á sus pies yacían varios pájaros de la especie de los palomos y algunos pequeños cuadrúpedos atravesados por flechas. Ni la llegada ni la acción de Pánfilo parecieron sacarle de esa apatía aparente bajo la cual los salvajes ocultan la desconfianza eterna que experimentan al aproximarse un hombre civilizado, no obstante haber reconocido el joven indio, al solo ruido de sus pasos, al viajero por un europeo.

El capitán Pánfilo, por su parte, le miró con la atención profunda de un hombre que sabe que, en contra de la probabilidad de encontrarse con un amigo, hay diez para tropezar con un enemigo. Después, como ese examen no le enseñaba otra cosa que lo que veía, y lo que veía le dejaba con su incertidumbre, se decidió á dirigirla la palabra de esta suerte:

—¿Está mi hermano, dormido cuando no levanta la cabeza á la llegada de un amigo?

El indio se estremeció, y, sin responder más que con la misma acción, elevó su frente y señaló con el dedo uno de sus ojos, fuera de su

órbita y pendiente sólo de un nervio, mientras que de la cavidad que había ocupado fluía y se deslizaba sobre su rostro y sobre su pecho un reguero de sangre; después, sin pronunciar una sola palabra, sin exhalar ni una queja, dejó caer de nuevo la cabeza entre sus manos.

Una flecha se había quebrado en el momento en que la cuerda de su arco estaba en tensión, y uno de los fragmentos de la caña rota había ido á clavarse en el ojo del indio; el capitán Pánfilo comprendió todo eso á la primera mirada y no llevó más lejos sus preguntas, respetando la fuerza de voluntad de aquel salvaje héroe del desierto. Entonces se volvió hacia la mujer.

—El viajero está fatigado y siente hambre; ¿puede su madre darle cena y cama?

—Sobre las cenizas hay una torta, y en ese rincón una piel de oso, dijo la vieja; mi hijo puede comer de la una y acostarse sobre la otra.

—¿No tenéis otra cosa? repuso el capitán Pánfilo, al que, después de la frugal comida que había hecho en la selva, no le hubiera sentado mal el encontrar una cena más substanciosa.

—Sí por cierto, tengo otra cosa, dijo la vieja aproximándose con un movimiento rápido y fijando con avidez sus ojos en la cadena de oro que sostenía, en el cuello del capitán, el reloj que le había devuelto el gran jefe. Tengo... ¡Mi hijo lleva ahí una hermosa cadena!... Tengo carne de búfalo salada y de buen venado... y sería muy dichosa con poseer una cadena parecida.

—Pues bien, traed vuestro búfalo salado y vuestra empanada de gamo, respondió el capitán Pánfilo, evitando contestar al deseo de la vieja

ni con una promesa ni con una denegación; además, si tenéis en algún rincón una botella de aguardiente de arce, no creo que estaría mal colocada en tan buena compañía.

La vieja se alejó, volviendo de cuando en cuando la cabeza para mirar todavía la alhaja que tan visiblemente había despertado sus deseos; por fin, levantando una estera de caña, pasó á otro departamento de la choza. Apenas hubo desaparecido, el joven indio levantó vivamente la cabeza y dijo en voz baja al capitán:

—¿Mi hermano sabe dónde está?

—Á fe mía que no, respondió aquél con indiferencia.

—¿Tiene mi hermano alguna arma para defenderse? agregó el indio bajando aún más la voz.

—Ninguna, respondió el capitán.

—En ese caso, tome mi hermano este cuchillo y no se duerma.

—¿Y tú? dijo el capitán, vacilando en aceptar el arma que se le ofrecía.

—Yo tengo mi *tomahaw*. ¡Silencio!

Acababa de pronunciar esta última palabra el indio, cuando vióse levantar la estera: era la vieja que llevaba la cena.

El joven salvaje dejó caer de nuevo la cabeza entre sus manos y recobró su inmovilidad; el capitán metió el cuchillo en su cintura, y la vieja arrojó una nueva y codiciosa mirada á la cadena.

—Mi hijo, dijo ésta, ha encontrado un hombre blanco en el sendero de la guerra; ha matado al hombre blanco y le ha quitado esa cadena; después la ha frotado para borrar la sangre. He aquí por qué está tan brillante.

—Mi madre se engaña, dijo el capitán Pánfilo, empezando á sospechar el peligro desconocido del que acababa de prevenirle el indio; he remontado el río Outava hasta el lago Superior, para cazar el búfalo y el castor; después, cuando he tenido muchas pieles, he ido á la ciudad y he cambiado la mitad por aguardiente y la otra mitad por este reloj.

—Dos hijos tengo, prosiguió la vieja dejando la carne y el aguardiente sobre la mesa, que cazan desde hace diez años el búfalo y el castor, y jamás han llevado suficientes pieles á la ciudad para volver con una cadena igual. Mi hijo ha dicho que tiene hambre y sed, agregó sin dejar de mirar la cadena; mi hijo puede comer y beber.

—¿Mi hermano de las praderas no cena? dijo el capitán Pánfilo dirigiéndose al joven indio y aproximando su banquillo á la mesa.

—El dolor alimenta, respondió el joven cazador sin hacer el menor movimiento; no tengo ni hambre ni sed; tengo sueño y quiero dormir; que el Gran Espíritu guarde á mi hermano.

—¿Cuántas pieles de castor y de búfalo ha dado mi hijo por ese reloj? interrumpió la vieja volviendo á su tema favorito.

—Cincuenta, respondió á la ventura el capitán Pánfilo, atacando bravamente un filete de búfalo.

—Pues bien, yo tengo aquí diez pieles de oso y veinte de castor; yo las doy á mi hijo solamente por la cadena.

—La cadena sostiene al reloj, respondió el capitán, y no es posible separarles; por otra par-

te, yo no deseo deshacerme ni de la una ni del otro.

—Está bien, replicó la vieja con una sonrisa de bruja, ¡que mi hijo la conserve!... Todo ser viviente es dueño de su bien. Sólo los muertos no tienen derecho á nada.

El capitán Pánfilo echó una rápida ojeada sobre el joven indio, pero éste parecía profundamente dormido; reanudó, pues, su cena, á la cual hizo á todo riesgo el mismo honor que si se hubiese encontrado en una situación menos comprometida. Terminada la cena, arrojó un brazado de leña y fué á acostarse sobre la piel de búfalo extendida en un rincón de la choza, no con intención de dormir, sino para no hacer entrar en sospechas á la vieja, que había entrado en el segundo compartimiento y había desaparecido.

Un instante después de haberse acostado el capitán Pánfilo, vióse levantar suavemente la estera que separaba los dos departamentos de la choza, y la horrible cabeza de la furia infernal reapareció, fijando por turno sus pequeños y ardientes ojos sobre cada uno de los durmientes. No viéndoles hacer ningún movimiento, entró en la cámara, dirigióse á la puerta de la choza que daba al exterior, y escuchó con gran atención como si esperase á alguien; pero, no habiendo llegado á su oído ningún ruido, volvió al interior de la habitación, y, como para no perder el tiempo, fué á descolgar de una de las paredes de la choza un largo cuchillo de cocina, y, poniéndose á caballo en una muela de afilar, la hizo dar vueltas con el pie, y empezó á aguzar cuidadosamente su arma.

El capitán Pánfilo veía caer el agua gota á gota sobre la piedra, y no perdía ni uno de los movimientos de la vieja, que alumbraba la temblorosa llama del hogar. Los preparativos eran alarmantes; el capitán sacó su cuchillo de su cintura, lo abrió, probó la punta con el dedo, pasó el pulgar sobre el filo, y, satisfecho del examen, esperó los acontecimientos, inmóvil y simulando el sueño más profundo y tranquilo.

La vieja continuaba siempre su operación infernal; mas de pronto se interrumpió y prestó oídos. El ruido que acababa de percibir se renovó más cercano; se levantó vivamente, como si el ardor del premeditado asesinato hubiese devuelto á sus miembros toda su juvenil actividad, volvió á colgar el cuchillo en la pared y dirigióse de nuevo á la puerta. Esta vez los que ella esperaba llegaban sin duda, pues les hizo con la mano un signo de que guardasen silencio, y volvió á entrar en la choza para lanzar todavía una ojeada sobre sus huéspedes. Ninguno de éstos había hecho el menor movimiento, y ambos parecían estar sumidos en el más profundo sueño.

Casi en seguida, dos jóvenes de alta talla y fornida contextura aparecieron en el dintel de la puerta, llevando sobre sus espaldas un gamo que acababan de matar. Antes de penetrar en la choza, se detuvieron para mirar silenciosamente y con aire siniestro á los huéspedes que encontraban en su cabaña; después, uno de ellos preguntó en inglés á su madre por qué había recibido en su casa á aquellos perros salvajes. La vieja le hizo seña con el dedo de que se callase;

los cazadores fueron entonces á arrojar el ciervo muerto á los pies del capitán Pánfilo, y desaparecieron detrás de la estera. La vieja les siguió llevando la botella de aguardiente de arce, á la cual había apenas tocado su huésped, y en la habitación no quedaron más que los dos durmientes.

El capitán Pánfilo permaneció todavía un instante sin movimiento; oíase por todo ruido la respiración tranquila é igual del joven indio; su sueño era tan perfectamente simulado, que el capitán empezó á creer que, queriendo aparentar estar durmiendo, habíase dormido de veras. Entonces, tratando de imitar el modelo que tenía ante sus ojos, se volvió del otro lado sobre el que descansaba su cuerpo, como agitado por uno de esos movimientos caprichosos comunicados al cuerpo dormido por el cerebro que vela, y de esta manera, en lugar de tener el rostro vuelto contra la pared, se encontró de cara al indio.

Quedó un instante inmóvil en esta nueva posición, y en seguida entreabrió sus párpados; entonces vió al joven indio en la misma postura en que lo había dejado; únicamente su cabeza no estaba sostenida más que por su mano izquierda; la otra tenía colgando junto á él y reposaba cerca de su *tomahaw*.

En este momento oyóse un ligero ruido: los dedos del indio se crisparon al punto alrededor del mango de su maza, y el capitán comprendió entonces que, al igual que él, su compañero velaba y se apercibía á hacer frente al peligro común.

Pronto la estera se levantó para dar paso á los dos mozos, que se deslizaron por debajo uno tras otro, arrastrándose sin ruido como las serpientes; inmediatamente detrás de ellos apareció la cabeza de la vieja, cuyo cuerpo quedó oculto en la obscuridad del otro cuarto, y que, pensando que era inútil que ella tomara parte en la escena que iba á desarrollarse, quería al menos, si había necesidad, excitar á los asesinos con la voz y el gesto.

Los dos mozos se levantaron lentamente y en silencio, sin perder de vista ni un solo instante al indio y al capitán Pánfilo; uno de ellos llevaba en la mano una especie de hoz encorvada y cortante; quiso avanzar inmediatamente hacia el indio, pero su hermano le hizo seña de que esperase á que él se hubiese armado á su vez.

En efecto: se acercó cautelosamente á la pared, andando de puntillas, y descolgó el cuchillo; entonces cambiaron una última mirada de inteligencia, y ambos dirigieron sus ojos á su madre como para interrogarla.

—Duermen, dijo la vieja en voz baja; despachad.

Los dos mozos obedecieron, y aproximándose cada cual á la víctima que había escogido, el uno levantó el brazo para herir al indio, y el otro se inclinó para acuchillar al capitán Pánfilo.

Al mismo instante, los dos asesinos retrocedieron lanzando cada uno un grito lastimero: el capitán había hundido su cuchillo hasta el mango en el pecho del uno, y el joven indio había abierto la cabeza del otro con su *tomahaw*. Ambos quedaron todavía de pie un instante, osci-

landosobre sus piernas como si estuviesen ebrios, mientras que los viajeros, por un movimiento instintivo y espontáneo, se habían aproximado el uno al otro. Pronto, sin embargo, cayeron los dos mozos para no levantarse más.

Entonces la vieja lanzó una horrible imprecación y el joven salvaje un grito de triunfo; después, cogió éste la cuerda de su arco y corrió al segundo compartimiento, del que salió en seguida arrastrando á la vieja por los cabellos y sacándola fuera de la choza para ir á agarrotarla al tronco de un álamo distante de la cabaña como una docena de pasos. Después volvió á entrar en la choza brincando como un tigre, recogió el cuchillo que uno de los asesinos había dejado caer; y probó con la punta si estaban todavía vivos; pero viendo que ni uno ni otro se meneaba, hizo seña al capitán Pánfilo de que saliera; cuando éste hubo obedecido maquinalmente, el joven sioux tomó del hogar una rama de abeto encendida, pegó fuego á los cuatro costados de la cabaña, salió con su tea incendiaria en la mano y empezó á ejecutar en derredor de la choza una danza extraña acompañada de un canto de victoria.

Por muy habituado que estuviese el capitán Pánfilo á las escenas violentas, no pudo sustraerse á conceder á aquella toda su atención. En efecto: el lugar, la soledad, el peligro que acababa de correr, daban un carácter de venganza salvaje al acto de justicia que se cumplía; había oído decir varias veces que desde las cataratas del Niágara á las orillas del Atlántico estaba desde antiguo establecida la legislación de

quemar la habitación de los asesinos; pero él no había asistido jamás á una ejecución de ese género.

Apoyado contra un árbol é inmóvil como si hubiese sido agarrotado, vió muy luego salir por todas las aberturas de la choza una humareda negra y espesa; después lenguas de llamas atravesaron el techo, semejantes á hierros de lanza enrojecidos; en seguida, columnas de fuego surgieron de todos lados, las que, siguiendo las ondulaciones de la brisa, ora se torcían cual serpientes, ora flotaban como banderolas.

Durante ese tiempo, y parecido al demonio del incendio, el joven indio daba vueltas en torno de la hoguera, siempre danzando y cantando. Al cabo de algunos instantes, todas aquellas llamas se reunieron y formaron una inmensa hoguera, que arrojó su siniestro resplandor á media legua á la redonda, extendiéndose por un lado sobre la inmensa estepa de verdura, metiéndose por el otro bajo la cúpula sombría de la selva; por fin, el calor se hizo tan violento, que la vieja, aunque á diez pasos del incendio, comenzó á lanzar gritos de dolor é imprecaciones de rabia. De repente el techo se hundió, y una columna de llamas se elevó, como lanzada por el cráter de un volcán, arrojando al cielo millares de chispas; después y sucesivamente, cada lienzo de pared se derrumbó, y á cada caída la hoguera iba disminuyendo de calor y de luz. La obscuridad reconquistó poco á poco el terreno perdido, y bien pronto no quedó de la choza maldita más que un montón de brasas, que sirvieron de sudario á los cadáveres de los asesinos.

Entonces el salvaje cesó en su danza y en sus cantos, pegó fuego con su tea á una segunda rama de abeto y la presentó al capitán.

—Ahora, le dijo, ¿hacia qué lado se dirige mi hermano?

—Á Filadelfia, respondió Pánfilo.

—Pues bien, que mi hermano me siga, y le serviré de guía hasta que haya alcanzado el otro lado de la selva.

Dichas estas palabras, el joven indio se hundió en las sombrías espesuras del bosque, dejando á la vieja á medio quemar cerca de las ruinas humeantes de su cabaña.

El capitán Pánfilo lanzó una última mirada sobre aquella escena de desolación y muerte, y siguió á su joven y valeroso compañero de viaje. Al rayar el alba llegaron á los límites de la selva y al pie de las montañas; allí el indio se detuvo y le dijo:

—Mi hermano ha llegado; desde lo alto de estas montañas, él verá Filadelfia. Ahora, que el Gran Espíritu guarde á mi hermano.

El capitán Pánfilo pensó en lo que podía dar al salvaje para recompensarle de la adhesión que le había demostrado; y no poseyendo otra cosa que el reloj, se apresuró á desprenderlo de la cadena que lo sujetaba.

Su compañero le detuvo, diciéndole:

—Mi hermano nada me debe; después de un combate con los hurones, el impetuoso joven fué hecho prisionero y conducido á las márgenes del lago Superior. Estaba ya atado al poste: los hombres preparaban sus cuchillos de desollar, y las mujeres y los niños danzaban en su derre-

dor entonando la canción de la muerte, cuando los soldados que habían nacido, como mi hermano, al otro lado del río salado, dispersaron á los hurones y libertaron al arrojado joven. Debíales mi vida; he salvado la tuya. Cuando encuentres á esos soldados, les dirás que estamos en paz.

Y, pronunciadas estas palabras, el joven salvaje se hundió en la selva: el capitán Pánfilo le siguió con la mirada hasta que le perdió de vista. Después, cuando hubo desaparecido, nuestro digno marino rompió un joven ébano, que podía servirle de bastón y de defensa, y empezó á escalar la montaña.

El joven indio no había mentido: al llegar á la cumbre, el capitán distinguió á Filadelfia elevándose, parecida á una reina, entre las verdes aguas del Delawarre y las ondas azules del océano.